

OFRENDA

mira pues si la lumbre que en ti hay es tinieblas

Lucas X. 35

PARA MÍ EL VERANO ES LA OSCURIDAD DEL DÍA. EN CUANTO amanece he de correr las contraventanas, las celosías y echar los visillos para que el cuarto no se me llene de calor y comience el sol a deslizarse escurridizo lamiendo con su incendio duelas, paredes, plantas y muebles. ¡Y qué difícil tarea! El muy taimado siempre encuentra un resquicio por donde colarse, raya lívida que atraviesa zalamera la cortinilla del tragaluz mal que me pese, pues ya no estoy en edad para trepar y ajustarla. Alguna vez estuvieron sus vidrios bien cubiertos, sí, pero hoy ese ojo es como un dios implacable que me acusa cuando el día alcanza su cumbre y el techo arde, arde como un monte arbolado y yo oigo el crepitar de las tejas indefensas, leña de sarmientos a merced de un fuego devastador y hambreado. De nada me vale saber que durante el invierno esa misma claraboya me dará la luz necesaria para sobrellevar la penumbra, este légame donde florezco a medias, planta de crepúsculo permanente: la odio como el galeote encerrado en el fondo de un barco a la deriva que mirara siempre un mar sin fin ni principio bajo un cielo entoldado, bochornoso. Sólo tejiendo logro, a veces, olvidarme de él, astro inhumano. Mis manos no han sabido nunca estarse quietas, arañas laboriosas. Aunque ya olvidé en qué momento, blancas y tersas, los dedos largos sin nudos, ágiles, las uñas perfectamente pulidas y cubiertas de barniz, rojo de preferencia, fueron mi orgullo y alabanza de quienes contemplaban su primoroso quehacer: envoltura de regalos. ¡Qué prodigio de colores y papeles! Esas sí eran luces dignas de ser miradas, brillo de tantas texturas y matices, gemas rutiladas, musgosas, oropimentes, olivinas, nacaradas, ópalos de fuego, lechosos, transparentes. Mi fascinación nunca conoció límite o saciedad en esa manipulación de cajas, lazos y hojas para envolver, ni en las expresiones de asombro y agradecimiento que mis oficios arrancaron, y todavía, pese a mis achaques, soy capaz de ensartar una aguja y de encontrar una mota de chaquira en el polvo. Pero ya no quiero saber de opalescencias ni rutilos, y digan lo que digan las dichosas monjas yo seguiré tejiendo mis carpetas con hilo crudo, sin color, sin adornos, por puro resentimiento, para lo que me pagan, además, las muy malditas, alguna tarde saldré a ver dónde las venden y qué hacen con el dinero dizque para los pobres, ¿caso yo soy rica?, ¿de qué me quejo?, allá ellas y

su caridad que bastante hacen con darme trabajo y traerme de comer, aunque me lo descuenten, para qué quiero de todas formas el dinero si no es para pagarme un buen entierro, eso sí, con una caja forrada de raso blanco, suavécito, con hojas de albahaca fresca dentro, que huela bien y fuerte, y mi vestido de satén azul turquesa, reluciente, y que me recen el novenario, no que yo sea mojigata, ni virgen siquiera ¡bendito Dios!, cuántos labios se abrieron sobre mis manos y como flores sobre mi cuerpo mientras le preguntaba al Señor "¿para qué me has elegido?" pues nunca me casé, y aunque el cura diga que la fe es un camino más largo que la vida, por ahí se me atascó en algún bache cuando perdí la esperanza, pero descreída no soy y el agua en que me bautizaron sigue siendo fuente clara a pesar de mi alma reseca, vasija de barro que el verano agrieta aún más, ni siquiera le pediré que la ponga a su derecha o a su izquierda, no tengo esas ambiciones de santo, me conformo con que la deje ahí donde no se vea en la necesidad de andar espigando resuellos de luz, a la sombra de algún árbol celeste, cualquiera, da lo mismo, con tal de que sea frondoso, sin luceras, sin estío, ya sueño despierta, curiosa manía esta la de querer imaginar a todas horas el destino de mi alma después, y no es que tenga prisa por irme o apuro por quedarme, tampoco estoy al acecho de ninguna espera, el sigiloso andar de la muerte no me va a tomar desprevenida, ociosa tampoco, ¿qué haré con la memoria de mis manos?, porque ya mi pensamiento no engendra recuerdos, o tal vez ya se calcinaron a pesar de tanto huirle al sol, o por lo mismo, ¡ah! ya sé, sí, eso es, se las ofreceré al Señor para derramar, como la Magdalena, bálsamo a sus pies, o, mejor aún, para apagar, si es que existen, las llamas del fuego eterno...

Madrid, julio 1990

NOCTURNA ERRANCIA

Ignorante del agua voy buscando
una muerte de luz que me consuma

F. García Lorca

Tiene una muy alta imagen de su persona. Camina con la cabeza erguida y el cuerpo tenso, cerrado, los hombros caídos. La suya no es una delgadez que haya consumido la carne en ascetismos alimenticios, metafísicos o intelectuales (aunque no se descartan del todo), sino en pura mezquindad de no dar nada de sí mismo, de guardarlo todo sin compartir, de

consumir cualquier posibilidad de contacto de su cuerpo con el exterior. Unas orejas enormes despegadas ostentosamente de su parte superior, el cráneo con cabellos al rape, no tan calvo aún como para no reconocerse que ahí hubo abundante mata de pelo negro. La nariz ganchuda entre las gruesas gafas y los pómulos salientes y huesudos. La boca carnosa, sensual, semioculta por una barba cerrada entrecana y rasurada casi al ras como el cabello. Delgadez por autofagia y rencoroso encerramiento que practica casi con unción durante el día, salvo para los menesteres domésticos más indispensables.

Pero cuando la luz le cede el paso a la noche, él se abisma en la ciudad, obediente al capricho de sus pasos, rastreando la calle, los zaguanes y portales, las figuras, los rostros, a la caza de un gesto, de una palabra que le revelen, al encender el cigarrillo ajeno, al responder invariablemente "no gracias" al invite procaz, el reino de la consunción prohibida. Merodeador de los nocturnos recovecos del nocturno balbucear de larvas humanas, se alimenta de miradas, de prender los garfios de su mirada, semejante a una sanguijuela, al espectáculo variopinto de esos seres que ocupan los sitios más inverosímiles, pero perfectamente detectables, en las callejuelas citadinas. Sus ojos no necesitan de las farolas ni de la luna llena para guiarse. Saben abrirse paso y deslizarse su acoso a través de las penumbras y las heridas, el maquillaje, el travestismo, por intrincados que

sean. No busca nada que haya perdido, sino porque lo perdió —irreversible— camina así, un cigarrillo entre los dedos, la otra mano pendiente al costado, durante las noches del verano cuando el acallamiento de las veces diurnas deja surgir a esas otras voces, más silencio que música, en ese momento impalpable en que se escucha el silbo del mirlo y empieza a soplar un tenue vientecillo que irá arceciando conforme avance la madrugada y suba el olor húmedo de las calles recién lavadas, saciadas más bien, de su agobiante calor.

Entonces se afloja un poco, como el arco que descansa una vez disparada la flecha, y naufraga en ese olor —ardor— presagio de otros sudores que suben de la carne acariciada hasta su licuificación. Y a veces, si golpea a sus oídos un barullo especial que él conoce bien, o sus ojos —herida de por sí— topan con el inconfundible cetaje, pero sólo a veces, se deja atraer al reino ignominioso, oropel de veladuras y penumbras, él, el enamorado de la mirada, para alimentarse del mirar. Cuerpos jóvenes, adolescentes, núbiles, en cuya espalda se confunde el sexo para ser sodomizado, ángeles sin alas que prestan el orificio de su desnudez a todo juego de penetraciones para su goce y el gozo del que paga por ver.

Y así hasta el alba, antes de que la aurora despunte.

Madrid, Julio 1990

